

**Colección** Conferencias magistrales

# Teilhard de Chardin: científico, humanista y místico



GERARDO  
ANAYA  
DUARTE, S.I.

Vol. 2



**Colección**  
*Conferencias magistrales*





---

**Teilhard de  
Chardin: científico,  
humanista y místico**

---

Gerardo Anaya Duarte, S.I.

Anaya Duarte, Gerardo,  
*Teilhard de Chardin: científico, humanista y místico.*  
León, Guanajuato, México: Universidad Iberoamericana León, 2023.  
Primera edición.  
52 páginas.  
Colección. Conferencias magistrales; 2.  
ISBN (colección): 978-607-95067-9-7  
ISBN: 978-607-8861-17-0

1. Teilhard de Chardin, Pierre, 1881-1955
  2. Filósofo – Francés
  3. Jesuitas - Franceses
- I. Universidad Iberoamericana León. II. Colección.

Clasificación LC: B2430 T374 A53 2023      Dewey: 196. 14 A53 2023

Coordinación editorial: Cintia Libertad Vázquez Guzmán

Corrección de estilo: Cintia Rosales Ángeles

Diseño editorial: Ana Fabiola Palafox Garcia

Primera edición: 2023

D.R. © Promoción de la Cultura y la Educación Superior del Bajío

Universidad Iberoamericana León  
Blvr. Jorge Vértiz Campero 1640  
Col. Cañada de Alfaro, C.P. 37238  
León, Guanajuato, México  
[www.iberoleon.mx](http://www.iberoleon.mx)  
[area.editorial@iberoleon.mx](mailto:area.editorial@iberoleon.mx)

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 27, 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso y hecho en México.

## ÍNDICE

- 09** ..... Prólogo
- 13** ..... Conferencia sobre Pierre Teilhard de Chardin con motivo de los 60 años de su fallecimiento
- 13** ..... Primeros años
- 17** ..... Primeros estudios
- 21** ..... Trabajo y estudios en París
- 22** ..... El tiempo de guerra
- 28** ..... De nuevo en el trabajo paleontológico
- 30** ..... Primera crisis y destierro
- 32** ..... *El Medio divino*
- 35** ..... En China
- 38** ..... La Segunda Guerra Mundial
- 45** ..... Últimos años
- 48** ..... Los valores de Teilhard de Chardin



## Prólogo

En 2002, hace ya más de veinte años, tuve la suerte de presentar el libro del padre Gerardo Anaya intitulado *Humanismo cristiano y ética*. Algunas de las ideas que encontramos en esta conferencia magistral fueron glosadas con amplitud en dicho libro. Ahí Gerardo abrazaba la *ética de movimiento* o la *ética del sentido de la especie*, que tomaba en préstamo de la vida y el pensamiento de Teilhard de Chardin. Estos son los postulados capitales de esta filosofía moral: “sé, ama y adora”. Realízate y sé: dimensión individual; comunícate y ama: dimensión social; trasciende y adora: dimensión religiosa. “Para ser plenamente él mismo y vivir como tal, el Hombre tiene que: 1) *centrarse sobre sí*; 2) *descentrarse sobre el otro*; 3) *sobrecentrarse en uno más grande que él*” (p. 39). Como se puede apreciar, el que Gerardo ponga el acento en la multidimensionalidad del ser humano nos habla de la integralidad de su ética. Estos tres momentos deben ser leídos en un sentido evolutivo o de crecimiento; nunca mejor resumido, lo que se

quiere decir con esto, que en los títulos y las letras de dos canciones de Fito Páez: “Las cosas tienen movimiento” y “Tratando de crecer”.

Años después, en 2015, fui a visitar a Gerardo al hospital, que a la sazón había sufrido un derrame cerebral. Traté de comunicarme con él contándole torpemente cosas sobre su admirado Teilhard de Chardin. Gerardo alcanzó a parpadear tras mis palabras. Al paso del tiempo, después de su resurrección, nos quedamos esperando algún homenaje en torno a su figura. Celebro que ahora se le rinda tributo con la publicación de esta conferencia que da cuenta no sólo de la vida del padre Teilhard, sino de la del propio Gerardo. Nos ofrece un retrato del filósofo francés que resalta que “el servicio de Dios puede estar en las piedras”. Al mismo tiempo, deshace las sospechas en torno al presunto panteísmo del jesuita galo y lo ubica en el territorio del panenteísmo que nos invita a buscar a “Dios en todas las cosas”, al más puro estilo ignaciano.

La actitud de búsqueda del autor de *El Medio divino*, que también está presente en la vida del padre Gerardo, lo lleva al terreno de la paleontología, tratando de adivinar en qué momento

dejamos de ser meramente neandertales para convertirnos en sapiens. Había que dar, a toda costa, con el “eslabón perdido”. Otro de los rasgos que destaca Gerardo, de la biografía del pensador galo, es su misticismo, pues lo lleva a reconocer que “lo realmente sólido es el Espíritu” (p. 21). La *diafanía*, esa manifestación o iluminación a través de la realidad, le permite profundizar en su veta mística. Comprenderá la mística en sentido bergsonianos y le dará “un fuerte peso a la realidad como obra de la creación divina” (p. 22). Según Bergson, el místico representa el triunfo del impulso vital. El misticismo completo es acción y sólo se descubre en los grandes místicos cristianos. Ellos nos han mostrado un camino por donde otros podrán transitar.

Gerardo destaca en su escrito la resistencia y la fortaleza del padre Teilhard frente a la incompreensión de sus superiores: “A lo largo de los treinta años que le restaron, cerca de la mitad de la vida del total de los 74 que alcanzó, vivió rechazo tras rechazo” (p. 27). El autor de *El fenómeno humano* se sitúa en la larga tradición de pensadores jesuitas incomprendidos e incluso perseguidos por la irónicamente llamada “santa obediencia”.

Para Teilhard, el Cosmos está en permanente evolución, pero, a diferencia de Bergson, no cree en una *evolución creadora*, sino, quizá, como Zubiri, en una *creación evolvente*, pues el avance evolutivo responde a la ley universal de la *complejidad-conciencia* y no al mero azar. Cristo será el Omega de la creación.

Esta *complejificación* de la conciencia, a medida que avanza la evolución, nos lleva a contemplar el milagro de la llamada por Hegel *autoconciencia*, que es lo propiamente humano. El espíritu emprende su larga marcha en la historia hasta llegar a la autoconciencia. “La evolución, a partir de la aparición de la especie humana, se llama cultura” (p. 38). Otro nombre para el mismo milagro.

Así como Teilhard afirmó, a la muerte del padre Auguste Valensin, que “él lo enseñó a pensar”, así Gerardo puede asegurar que el jesuita francés fue quien lo enseñó a “violentar el pensamiento”. Gerardo trató de hacer propios los valores de Teilhard: fidelidad, pureza, fe, amor como energía humana y, sobre todo, libertad. Y vivió a tope la consigna ética: “sé, ama y adora”.

**Javier Prado Galán, S.I.**

## Conferencia sobre Pierre Teilhard de Chardin con motivo de los 60 años de su fallecimiento

Me da mucho gusto poder volver a tomar la palabra en ésta, mi universidad, para hablar de la vida y el pensamiento del P. Teilhard de Chardin, con motivo del aniversario 60 de su fallecimiento, que, como veremos, tuvo lugar un 10 de abril de 1955, Domingo de Resurrección. Mi exposición no deja de ser un poco inusual, pues voy a ir presentando biográficamente a mi personaje, insertando en este relato algunos de los aspectos de su pensamiento que me parecen más dignos de atención y con esto ir dando un perfil integral del padre, con los valores que lo integran.

### Primeros años

Pierre Teilhard de Chardin nació el 1 de mayo de 1881 en el castillo de Sarcenat, cerca de la ciudad

de Clermont Ferrand, capital de Auvernia, en la meseta central de Francia. He dicho “castillo” y, efectivamente, lo era, aunque no de grandes dimensiones, pues su familia pertenecía a la pequeña nobleza rural francesa. Por su madre, entroncaba nada menos que con Voltaire.

Estos datos tienen su importancia, pues el hecho de que perteneciera a una familia aristocrática, por ejemplo, será algo que caracterice tanto a su pensamiento como al desarrollo de su vida. Hace varias décadas fue a Francisco Prieto (Paco, para los cercanos) a quien le oí esta afirmación, y lo he podido comprobar en mis años de profundizar en su vida y en su pensamiento. Se le entiende mejor si se recuerda su origen aristocrático.

El lugar geográfico de la residencia de su familia es también importante, porque Auvernia es la cuna de Blas Pascal, y esto no es un dato poco significativo. Pascal unía a su inquietud filosófica y religiosa una dedicación profunda a las ciencias... como nuestro Pierre; como él, guio su vida y su pensamiento en la búsqueda del Absoluto. Por otro lado, la región auberonesa ofrece muchas riquezas a los estudiosos de la naturaleza; región de volcanes extinguidos, de riquezas geológicas, de flora muy característica, etcétera.

En cuanto al ambiente humano —en sentido amplio de su familia— nos encontramos con un padre aficionado a las ciencias naturales, que gustaba de explorar los alrededores y formar colecciones geológicas y biológicas. Por su parte, su madre tenía una religiosidad profunda, con especial énfasis en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Desde luego, el padre era también un cristiano convencido y practicante y en toda la familia había convicciones religiosas profundas.

Con “toda la familia” me refiero a los once hijos del matrimonio; nuestro Pierre ocupó el cuarto lugar. Adelanto que muchas desgracias se sucedieron en los once hermanos; algunos murieron a corta edad; dos varones, en la guerra europea. La hermana inmediatamente anterior a Pierre, misionera en China, murió joven; Marguerite-Marie, la hermana más querida de Pierre, era poliomielítica —y así, desde su silla de ruedas, fue presidenta de la Asociación Francesa de Enfermos Católicos—. Ella también murió relativamente joven. Únicamente le sobrevivieron a Pierre dos de los menores: Joseph y Víctor.

De estos detalles de su origen me resta señalar cuál era la divisa de la familia, inscrita en el escudo esculpido en el portal del castillo: “De fuego es

su energía y celeste su origen”, que resulta premonitorio en el caso de Pierre. Algunos acontecimientos de su infancia tendrán una gran importancia en el desarrollo de su pensamiento. Él mismo nos cuenta —a una distancia de unos sesenta años— que cierto día, por acercarse demasiado al fuego de la chimenea, se le quemó un rizo de su cabellera.

Esto lo horrorizó al advertir la fragilidad de algo de su propio cuerpo, y una idea que quizá ya se fraguaba en él se acentuó: tenía que encontrar lo sólido, lo no perecedero; no podía soportar la idea de que las cosas fueran caducas; tendría que haber algo firme, indestructible. Con esto, sus colecciones de piedras se incrementaban, siempre en el afán de esa búsqueda. Le encantaba el remate hexagonal de un perno que asomaba en la pared de la casa de sus primos Teillard-Chambon en Clermont, en donde los Teilhard de Chardin pasaban algunos días del invierno. Era algo así como su dios.

Pero un día tuvo la experiencia de que el hierro se oxidaba... Nueva decepción que no le hizo abandonar la idea de localizar lo sólido... Sólo será dos décadas después cuando descubre lo equivocado del camino de su búsqueda,

pues llegó a la conclusión de que lo verdaderamente sólido e indestructible es el Espíritu. No es difícil advertir que este cambio de perspectiva tuvo consecuencias incalculables en el desarrollo de las ideas del padre.

## Primeros estudios

En 1892, a los once años, fue enviado por sus padres al colegio internado Notre Dame de Mongré, que los jesuitas de la provincia de Lyon tenían en Villefranche-sur-Saone, en las cercanías de la ciudad de Lyon. Debe recordarse que era habitual que los niños recibieran los inicios de su educación en su propia casa; fue su propio padre, por ejemplo, quien le enseñó latín a Pierre. En el colegio era un estudiante callado, pero dedicado y aprovechado en los estudios, así como reconocido entre sus profesores por su afición a las piedras —como lo diría años más tarde Henri Bremond, uno de ellos—.

Terminado lo que hoy llamaríamos bachillerato, decidió solicitar su ingreso a la Compañía de Jesús. Así pues, el 20 de marzo de 1899 ingresó al noviciado jesuita de Aix-en-Provence. Pero

por diversas razones hizo sus votos en la ciudad de Laval, el 25 de marzo de 1901. Ahí debería haber cursado los estudios clásicos que llamamos juniorado, pero las leyes anticlericales francesas forzaron a que, junto con sus compañeros, fuera traslado a la casa de los jesuitas en la isla de Jersey, muy cerca de la costa francesa, pero perteneciente al Reino Unido. También ahí cursó los tres años de Filosofía.

Fue en Jersey donde empezó a sistematizar sus búsquedas geológicas y paleontológicas, pues el territorio le ofrecía buenas posibilidades. Hay una anécdota de aquellos primeros años de su formación jesuita que es importante para su futuro. Veamos. Hasta ese momento, su interés científico y su piedad religiosa se habían mantenido intensos, pero completamente separados en su vida; tal dicotomía llegó a serle cuestionante: ¿debería abandonar su lado científico, para no encontrar obstáculo a su vocación religiosa? Afortunadamente, un superior al que acudió con sus dudas le señaló que el servicio a Dios podía estar en las piedras.

Terminada la Filosofía, todo jesuita es enviado a un periodo de trabajo apostólico que generalmente consistía en integrarse al trabajo educativo en un colegio, y de ahí su nombre

de *magisterio*. Teilhard fue destinado al colegio que los jesuitas de su provincia tenían en El Cairo, Egipto. Estuvo ahí tres años (1905-1908) dando clases. El desierto lo fascinó: el silencio, la inmensidad, la soledad, de tal manera que tuvo impulsos fuertes de carácter panteísta; ahí estaba la divinidad, el Absoluto... De hecho, se le ha acusado de tendencias panteístas, pero más bien habría que hablar de panenteísmo, es decir, "Dios en todas las cosas"; San Ignacio de Loyola lo era y así muchos místicos.

La extrema sequedad del desierto permitía que pudieran encontrarse muchos fósiles vegetales en excelentes condiciones. De hecho empezó a enviar al Museo Británico algunos de ellos, de entre los cuales el museo encontró dos hasta el momento desconocidos y les dio nombres que tenían como origen el apellido Teilhard. Terminada esa etapa de su formación regresó a Europa para los estudios de Teología. Los jesuitas franceses habían instalado su teologado en Hastings, en la costa sur de Inglaterra. Como en Jersey, también los terrenos del Surrey eran propicios para el hallazgo de fósiles. Hizo amistad con un paleontólogo inglés, Charles Dawson, que un buen día de 1912 hizo

un hallazgo asombroso: un fragmento de cráneo que parecía tener tanto rasgos simiescos como humanos.

Ese descubrimiento estaba destinado a tener una interesante historia, pues el mundo científico creyó que por fin se tenía el periodo que faltaba: el “eslabón perdido”. Tal fue el mote que se puso al que los científicos llamaron *Eoanthropus* o también Hombre de Piltdown, por el sitio de su descubrimiento. Pocos años después, su descubridor moriría en la Gran Guerra... Terminada ésta, los estudiosos se dedicaron a analizar minuciosamente tal fósil, pues presentaba no pocas dificultades. A finales de la década de los treinta tenían ya argumentos para declararlo falso; sobrevino la Segunda Guerra Mundial y, finalmente, en 1953 se declaró que era un gran engaño, de quien lo puso al alcance de su descubridor o de él mismo, que ya no podía ser interrogado.

Posteriormente se le recriminó al padre Teilhard que hubiera creído en esa farsa, pero entonces su ciencia no pasaba de la de un buen aficionado. Si abren la página de internet dedicada al Hombre de Piltdown, se incluye en el engaño al P. Teilhard, diciendo que habría

aportado un fragmento del cráneo de un orangután ¡traído de sus viajes...! Fuera de Egipto, Pierre no había salido de Francia, sino lo necesario para sus estudios en Inglaterra. Cierto que visitaría Java, donde hay orangutanes, pero eso sería en los años treinta.

Por otra parte, el veredicto que afirmó el engaño fue dado sólo dos años antes de la muerte de Teilhard. Me he detenido en esta pequeña historia porque, sea como sea, muestra los intereses naturalistas del padre y las implicaciones posteriores, cuando su fama científica se extendió.

## Trabajo y estudios en París

Ordenado sacerdote el 24 de agosto de 1911 y terminados, el año siguiente, sus estudios de teología, Teilhard fue destinado por sus superiores a París, para que se entregara plenamente a su formación profesional. Este se desarrolló en las áreas de biología y geología. Además, trabajó en el Museo Nacional de Historia Natural de Francia dirigido por el prestigiado paleontólogo Marcellin Boule, un agnóstico a quien al principio no gustó mucho la presencia de un sacerdote en su laboratorio; sin embargo, en

poco tiempo pudo apreciar sus capacidades y le encomendó diversas tareas, que lo llevaron a varios sitios de Francia y España.

Es entonces cuando verdaderamente la ciencia de Teilhard empieza a ser la de un profesional (y no la que tenía cuando el desafortunado caso del “eslabón perdido”). Esta etapa feliz de Teilhard se vio bruscamente interrumpida por uno de los acontecimientos más importantes de su vida: la Gran Guerra.

## El tiempo de guerra

El 8 de julio de 1914 se declaró la guerra entre Francia y Alemania. No entro en detalles de ese acontecimiento muy conocido. Sabemos que fue más mortífera que la Segunda Guerra Mundial y que fue terrible por el sistema de guerra de trincheras en el frente franco-alemán. Pierre no fue de inmediato llamado a filas, sino hasta diciembre de ese 1914. Por su calidad de sacerdote pudiera haber sido nombrado capellán militar, con las indudables ventajas que tal cosa le daba sobre los combatientes en general, pero Pierre no quiso aceptarlo. Tampoco quería manejar un arma contra otras personas.

Por ello, pidió ser nombrado camillero y en esa condición se mantuvo los cinco años que duró la guerra.

Ser camillero, sin embargo, era un cargo lleno de riesgos: abandonar la trinchera para ir a recoger a algún combatiente caído con el fin de llevarlo atrás para su asistencia, por ejemplo. Teilhard cumplió este cometido de tal manera que fue mencionado varias veces por su heroicidad y finalmente, terminada la guerra, se le concedió la Legión de Honor. Durante su anterior estancia en París, Pierre entró en relación profunda con una prima suya: Marguerite Teillard-Chambon, escritora y regente de un instituto para señoritas. Como escritora usó el pseudónimo Claude Aragonês. Pierre mantuvo con ella una rica correspondencia mientras estuvo en el frente, y fue entonces cuando el padre se inició formalmente como ensayista.

¿Cómo podía ser esto en las terribles circunstancias en las que se desarrollaba la guerra de trincheras? Evidentemente que los combatientes no estaban de forma permanente en las trincheras; después de una o dos semanas eran enviados atrás para que descansaran y se repusieran. Esto significó, para el padre, que generalmente se le alojara en la casa cural

de alguna aldea cercana; es decir, en espacios tranquilos. Ahí encontraba tiempo y paz, y empezó a desarrollar por escrito sus ideas. Fue, pues, en las terribles circunstancias de la guerra en donde se forjó la gran cosmovisión que iría afinando con los años.

Se le ha llamado un hombre carente de sentimientos, por esta increíble capacidad de desarrollar un pensamiento profundo en esas circunstancias inhumanas. Yo más bien hablaría, como lo han hecho otros, de una gran serenidad, de una persona con gran firmeza de carácter que, además, supo ver en ese enfrentamiento gigantesco precisamente la exigencia de caminar hacia la unidad. Asimismo, los testimonios coinciden en que siempre se portó con un gran sentido de humanidad, de solidaridad, incluso de amistad con quienes padecían, como él, las angustias de esta situación terrible. Los ensayos que escribió, recogidos en más de 400 páginas del volumen *Escritos del tiempo de guerra*, lo muestran sabiendo mirar el futuro con esperanza desde un presente que podría llamarse: el caos de la humanidad.

Pero hay otra cosa. Teilhard era un místico y probablemente lo era desde su infancia; es decir,

alguien dotado de una muy profunda sensibilidad espiritual que puede mirar más allá de las realidades, pero sin abandonar éstas en una especie de huida, sino que las vive y las mira con una mirada transfigurada y descubre en ellas las semillas de bondad y de esperanza que suelen quedar ocultas para los simples mortales que las padecen. Yo afirmo, pues, que en la entraña de su pensamiento hay una sólida base místico-espiritual, sin la que no se comprendería su cosmovisión en plenitud.

Su búsqueda de lo indestructible, de lo Absoluto; su fascinación por el Misterio que los desiertos egipcios le entreabrían; todo ello lo señala como alguien que mira la presencia del Espíritu en todas las cosas; también en las trincheras. Por ello, sus búsquedas de lo Sólido solamente serán colmadas cuando descubra que, precisamente, lo realmente sólido es el Espíritu. Su formación jesuita será ciertamente una fuente de apoyo a su misticismo; recordemos el ignaciano “Encontrar a Dios en todas las cosas” y globalmente toda la contemplación “para alcanzar amor” que cierra los ejercicios ignacianos.

Teilhard acuñará una palabra de su personal vocabulario para expresar esto: *diafanía*, manifestación o iluminación a través de la realidad.

Pero también la Compañía de Jesús será un obstáculo para que el padre pueda manifestar más claramente su riqueza mística, pues los místicos siempre fueron vistos con sospecha. (Recordemos que la Orden nació en época de los “alumbrados”, perseguidos por la Inquisición y que el mismo Ignacio fue sospechoso de estar en esa corriente). Esta sospecha la sufrieron varios jesuitas franceses de la primera mitad del siglo XVII, destacadamente el famoso P. Surin —como lo estudió acuciosamente Michel de Certeau—.

Ya en estos escritos del tiempo de guerra encontramos varios con fuerte sabor místico: *El medio místico*, *El sacerdote*, *La gran Mónada* y, sobre todo, *Cristo en la Materia. Tres historias según Benson*<sup>1</sup>, en las que narra experiencias espirituales de altura mística, poniendo como relator en primera persona a un anónimo compañero, que se las habría narrado poco antes de morir en las trincheras; pero todo induce a pensar que fueron experiencia personales del padre. Más tarde hablaremos de su tratado espiritual *El Medio divino*.

---

<sup>1</sup> Robert-Hugh Benson (1871-1914) fue un escritor inglés católico converso, apreciado por Teilhard.

Décadas después, tras haber entrado en contacto con Oriente (China, la India, etcétera), varias veces escribirá sobre la mística, diferenciando la mística de Oriente —que desprecia lo material y absorbe al individuo en la divinidad— de la mística de Occidente —que le da, siguiendo la Escritura, un fuerte peso a la realidad como obra de la creación divina—. Una mística de las cosas, de la realidad; una mística de la acción; una mística del amor; una mística en la que la persona no queda diluida, sino plenificada. La creación del Universo, para el cristiano Teilhard, es obra del amor divino y, puesto que se trata de una creación continuada, el amor es el ingrediente fundamental de la cosmovisión teilhardiana.

Antes de la presencia del ser humano en el proceso evolutivo, habría que hablar de atracción o atracciones, pero ello se convierte en amor en la etapa humana. Y el amor, en el mensaje cristiano —en el que ocupa el lugar más privilegiado—, es siempre entre dos personas autónomas, sea una de ellas o no, una persona divina. Ahí se encuentra, pues, la diferencia entre la mística de Oriente y la cristiana de Occidente. Teilhard, en los treinta, acuñará una significativa expresión para describir el

amor y ubicarlo en el gran proceso cósmico: la *energía humana*.

En la veintena de textos escritos durante la guerra se encuentran los grandes temas de Teilhard. Ya hemos visto los que se enmarcan en su pensamiento místico, pero su visión cósmica también está en esas obras. El primero de ellas se titula *La vida cósmica* —de resonancias místicas, pero visión globalizante—; también encontramos su interés por un cristianismo renovado; el concepto de una evolución más allá de lo puramente biológico (aunque no será sino años más tarde cuando acuñe la expresión *punto omega*); la afirmación de la riqueza de la materia; el proceso de unión como constitutivo de la evolución cósmica; la importancia de la mujer en ese proceso de unidad, etcétera.

## De nuevo en el trabajo paleontológico

Termina la guerra en noviembre de 1918 y Pierre es desmovilizado en febrero del siguiente año. De ahí irá a Jersey para descansar antes de volver a sus ocupaciones académicas y científicas en París. Se convierte pronto en

centro de atención. A su trabajo paleontológico y sus estudios universitarios, añade conferencias, círculos y ser invitado por el rector del Instituto Católico de París a ocupar la cátedra de Geología. Defiende su tesis doctoral de temática en Biología y Geología el 22 de marzo de 1922. Se da entonces un acontecimiento que traerá enormes consecuencias.

Un jesuita francés, padre Licent, que trabajaba en China haciendo excavaciones paleontológicas, solicita a sus superiores le envíen a alguien que le ayude a ordenar el material que ha recolectado. Teilhard es el elegido, e irá además como enviado por el museo de Marcellin Boule. En la primavera de 1923 partirá para Tien-tsin, donde centra sus trabajos el P. Licent. Parte de su compromiso era realizar diversos viajes de exploración científica. Este objetivo era una gran oportunidad para Teilhard, que se dedica con entusiasmo a ello.

Debe advertirse, sin embargo, que encuentra que su colega y hermano tiene una insuficiente formación científica, lo que dificulta no poco las tareas. Por otra parte, Tien-tsin no es el sitio adecuado, pues los centros importantes de investigación están en la capital, Pekín (hoy

llamada más acertadamente Beijing). No obstante, el padre Teilhard entra en contacto con el medio científico chino y se entrega al trabajo y a los viajes con entusiasmo. En uno de estos fue cuando, carente de lo necesario para celebrar la Eucaristía, escribió la famosa *Misa sobre el Mundo*.

La Eucaristía era ya, y lo será hasta el final de su vida, la más profunda manifestación de la evolución centrada en Cristo, pues en ella se unen en su máxima posibilidad materia y Espíritu.

### Primera crisis y destierro

Regresa a París en septiembre de 1924 para encontrarse inesperadamente sumergido en una situación de acusación y sospecha. El problema fue que, cuando salió para China, dejó en manos de un compañero de Orden un escrito sobre el pecado original, cuya doctrina ha sido usada como argumento contra la teoría biológica de la evolución, pues ésta señala un proceso de menos a más, es decir, de seres inferiores a seres superiores sin retrocesos; en cambio, el pecado original, como tradicionalmente se le ha entendido, supone un estado de perfección del

ser humano que por el pecado de nuestros primeros padres se derrumba y deja fuertemente dañada a toda la humanidad.

Este escrito fue dejado para esperar opiniones sobre él, no con la intención de difundirlo. Pero indiscretamente llegó a Roma y alertó sobre la ortodoxia de Teilhard. La primera consecuencia fue que le retiraran la cátedra del Instituto Católico y, después, se cuestionó su futuro destino. Desde luego no lo querían en París. Finalmente, se pensó en enviarlo nuevamente a China, pero ahora ya no con una tarea temporal para ayudar a un hermano. Ahora iría sin fijar fecha de regreso. Un auténtico destierro.

Nos asomamos, ahora, profundamente al padre Teilhard, a sus valores, a un lugar interno y vasto de su ser que orientaba su vida más por su fe que por su ciencia. Su respuesta, ciertamente muy dolorosa, como lo testimonian diversas cartas de entonces, fue, digo, obedecer. Personas cercanas a él, jesuitas y no jesuitas, le insinuaron que dejara la Orden para poder trabajar sin trabas en el desarrollo de su ciencia y de sus ideas. Pero Teilhard había tomado su camino por razones mucho más profundas que cualquier trabajo científico e intelectual. Se sabía

llamado por Dios a la Iglesia y a la Compañía de Jesús y eso estaba por encima de cualquier otra cosa. Hizo su equipaje y en otoño de 1925 reemprendió el viaje a China.

Esta crisis, este saberse sospechoso —que no le impedía pensar, trabajar y escribir pero sí difundir—, de alguna manera le amargó el resto de su vida. A lo largo de los treinta años que le restaron, cerca de la mitad de la vida del total de los 74 que alcanzó, vivió rechazo tras rechazo. Resulta importante señalar que en su escrito del año siguiente (*El Medio divino*, 1926), al que en seguida voy a referirme ampliamente y que no pudo ver publicado en vida, pone a la fidelidad como una de las virtudes más importantes del cristiano; afirmar esa relevancia no lo habrá podido hacer sin dolor, pues a él, vivir en fidelidad, no le fue ciertamente fácil.

### *El Medio divino*

Del escrito *El Medio divino* hay ciertamente precedentes en varios de sus ensayos anteriores a los que ya me referí. Se trata de una especie de manual de vida cristiana. Hemos de señalar

que, de los diversos libros de sus escritos publicados en castellano, ha sido el más reeditado; más que su famoso *El fenómeno humano*. No voy a hacer aquí una síntesis del contenido —invito a que lo lean—, sino solamente señalar las ideas principales y hacer referencia a su estilo. El autor empieza por señalar caminos equivocados de la piedad y la vida cristiana para afirmar la importancia de la acción, que tradicionalmente no ha tenido el valor que debería tener. Nuestros actos no sólo tienen mérito por la buena intención por la que los hacemos, sino por sí mismos.

Pero la vida no es sólo actividad; por ello, hablará en seguida de que también las pasividades son divinizables: unas son de crecimiento; otras son de disminución (enfermedad, muerte...). En este contexto trata un problema que será transversal a todo su pensamiento: el problema del mal. En el contexto de la intención del escrito, Teilhard da un paso enorme sobre la típica ascética cristiana: no es que debamos voluntariamente hacer ejercicios de mortificación, sino que, en lo más profundo de nuestra vida, es Dios quien nos tiene en sus manos y hemos de dejarnos en ellas, cancelando el natural impulso humano de seguir con el timón de nuestra vida en las manos. Narra ahí una

experiencia relatada en primera persona, que es, sin más, una experiencia mística.

Después de tocar específicamente algunos aspectos de la ascética cristiana, para darles una orientación diferente a la tradicional, Teilhard aborda el tema básico de su escrito: vivimos en un ámbito divino; todo lo que nos rodea, el Universo entero, es presencia de Dios —presencia amorosa y personalizada—. Para aprovechar y vivir en plenitud tal realidad hemos de poner todo nuestro esfuerzo. Es ahí en donde el padre señala lo que de nuestra parte hemos de poner: pureza, fe y fidelidad.

Termina, como no podía uno menos de esperar de quien está convencido de la fuerza e importancia de la unidad, hablando de ese dogma tan desprestigiado (o al menos poco nombrado): la Comunión de los santos. Esta parte final mantiene una tónica claramente mística; es una decidida invitación a una vida mística, es decir, a vivir en Comunión con Dios. Aunque el contexto es de acción, de vida, de crecimiento, de importancia de la realidad material, de finalidad en Dios a través de Cristo de todo el Cosmos, Teilhard tiene cuidado de omitir por completo alusiones a la teoría de la evolución;

su experiencia anterior está todavía reciente. Él quiere con su escrito ayudar a los cristianos a vivir una vida renovada; sin embargo, no pudo lograr que fuera aprobado para su publicación, a pesar de haber efectuado algunos cambios que le pidieron. Esto sería una carga para él hasta su muerte.

## En China

En China, Teilhard se entregó animosamente al trabajo científico. Participó en un total de once expediciones, especialmente por el norte de China y por lo que actualmente es Mongolia, pero también algunas por el centro y por el sur, de manera que llegó a tener una vista panorámica de la geología del país; completó esto con expediciones a Birmania y a la India, al pie del Himalaya; también estuvo en Java, lugar del hallazgo en 1890 del *Pitecanthropus*, y compartió ideas y experiencias con un paleontólogo que ahí seguía haciendo nuevos hallazgos.

Escribió numerosas memorias científicas a partir de sus experiencias y hallazgos, para cuya impresión en revistas especializadas no tenía impedimento. De hecho, toda su obra

científica necesitó once volúmenes para su edición. También podía tener algunos veranos un breve regreso a París y participó en congresos, en especial en Estados Unidos.

Pero fue el hallazgo del *sinántropo*, u Hombre de Pekín, lo que le daría mayor fama. Formaba parte de un equipo científico en el que dos científicos chinos eran los jefes, pero en el que participaban paleontólogos de diversos países europeos y de Norteamérica. Hacia 1929 había sido localizada en Chu-Ku-Tien una gruta cuyas características geológicas de carácter fosilífero prometían posibles hallazgos importantes.

En este equipo o *survey*, quien sabía sobre geología con mayor profundidad era el padre Teilhard, por lo que en buena medida se le podría considerar como cabeza intelectual de este grupo de personas. Bajo sus orientaciones se realizaron las excavaciones y el 28 de diciembre el martillo de uno de los miembros del equipo dio con un importante pedazo de cráneo. Ese día, Teilhard no estaba presente, pero se puede decir que en buena parte se le debe el mérito del hallazgo que, en su momento, fue el más importante hecho hasta entonces.

Otros huesos más fueron encontrados y su estudio señaló una antigüedad de 400 000 años. El cráneo era de una mujer y le pusieron el nombre de Nelly. Me detengo en una pequeña anécdota: durante la Segunda Guerra Mundial, sabiéndose que muy pronto Japón invadiría China, los científicos decidieron poner a salvo sus tesoros, en especial a Nelly, de modo que embalaron los restos y los enviaron en un barco norteamericano a San Francisco, pero éste fue torpedeado por los japoneses y hoy Nelly reposa en el fondo del Océano Pacífico.

Otro acontecimiento notable de esta época es la participación de Teilhard en el llamado Crucero amarillo. Se trataba de formar parte de una expedición científica organizada por la Peugeot, para probar unos vehículos “oruga” en la difícil geografía del norte y occidente de China. Otra expedición semejante partiría del Mediterráneo hacia el oriente y ambas debería encontrarse a medio camino, en Aksu, región de Sinkiang, en el poniente de China. Con lo que no contaban los organizadores de la expedición era con los guerrilleros marxistas que asolaban la región. Esto suscitó numerosos problemas y largas detenciones, por lo que en lugar de algunos cuantos meses planeados se requirió de más de un año: 1931-1932.

## La Segunda Guerra Mundial

El 1 de septiembre de 1939, Hitler invadió Polonia, lo que desencadenó la guerra. Hacía apenas unas semanas que Teilhard había regresado a Pekín de uno de los periodos que pudo pasar en Francia; el viaje lo hizo yendo de Europa hacia el poniente, esto es, pasando por Estados Unidos. El acontecimiento de la guerra canceló por siete años sus posibilidades de salir de China; incluso de moverse de Pekín, salvo salir a los alrededores cercanos. Japón invadió China y ocupó Pekín en 1942; hasta 1946 vivirá el padre en una ciudad ocupada, con todas las dificultades que esto suponía para la población y, en cierta medida, más para los pocos europeos que permanecieron ahí.

Pero Teilhard no perdió el tiempo; en su cabeza y en su corazón se había fraguado la redacción de su obra más importante: *El fenómeno humano*. La redacción de este libro la había empezado en junio de 1938, pero sólo pudo terminarla dos años después, en Pekín, en junio de 1940. A propósito de esta obra fundamental, tenemos que detenernos un momento para poder considerar en conjunto la gran cosmovisión de Teilhard de Chardin, aunque sea en forma

muy abreviada, pues en *El fenómeno humano* quedó plasmada de manera más completa que en otros escritos (aunque frecuentemente aportan complementos importantes).

El padre Teilhard de Chardin considera que todo el Cosmos está estrechamente ligado y en permanente evolución (por eso dice que es mejor hablar de *cosmogénesis* que de cosmos), de tal manera que cada una de las partes pertenece al todo y desde cada una de ellas se puede reconstruir la totalidad. Pero esa inmensa trabazón, que avanza evolutivamente, no lo hace al azar, sino respondiendo a una ley universal: la de complejidad-conciencia. Hablemos de esta ley fundamental. Dice que se da un *exterior* y un *interior* en las cosas; es decir, hay en cada unidad del universo, aun en el átomo más simple, un aspecto, digamos, visible, exterior que es el objeto de las ciencias.

Pero hay algo más; algo que las ciencias no pueden alcanzar directamente, pero que pueden presuponer o sospechar: un *interior*. Dice que en cada elemento de la realidad hay un impulso a unirse con otros elementos formando unidades más y más complejas, pero también más y más dotadas de conciencia. El resultante

de una evolución que camina en un proceso de *complejificación* patente para cualquier hombre de ciencia y es un principio comúnmente aceptado en el día de hoy. Falta saber por qué o cómo se da esto. Teilhard lo explica por ese *interior* de las cosas, al que llama *conciencia*.

La materia por sí misma no podría originar y conducir el proceso. La materia pura es multiplicidad pura; nada de organización. La conciencia pertenece al Espíritu y en el proceso evolutivo de complejidad va dándose paulatinamente más espíritu. Recuérdense las búsquedas afanosas del niño Pierre de lo consistente. El ser humano es el ser más complejo y en él la conciencia se ha vuelto refleja, es decir, capaz de volverse sobre sí misma, de saber que sabe. Todo el gigantesco movimiento cósmico, regido por la ley de complejidad-conciencia, se debe a que es atraído hacia delante, y no a una fuerza de la materia original, la que es lógicamente inaceptable.

Es decir, caminamos con el Cosmos hacia un punto de llegada que Teilhard llama *Omega* y que, ya en el ámbito religioso, identifica con Jesucristo, y, en él, con Dios. No me detengo en detalles más técnicos, como las dos clases de energías que acontecen en el proceso, pero sí

señalo que una de esas energías es la unitiva, la que actúa para que elementos semejantes tiendan a unirse. Esa energía, en el nivel evolutivo humano, es el amor. Precisamente el padre la llamará, como ya señalé, la *energía humana*.

Más bien abundo en un tema de suprema importancia: la persona. Conforme pasaban los años, el P. Teilhard escudriñaba con mayor acuidad al ser humano, hasta el grado de afirmar, en la Introducción de *El fenómeno humano*, que buscaba situar y entender mejor al Hombre al investigar el pasado evolutivo del Cosmos. A su prima le confesará en carta de los años cincuenta, desde África del Sur, que lo que ha ido a buscar ahí, pretende, en realidad, entrever el futuro humano.

Un elemento, extremadamente importante, en su pensamiento sobre la Persona consiste en que la considera ya indestructible; pase lo que pase en siguientes etapas de la evolución, el ser humano permanecerá autónomo, aun cuando tenga el impulso, por la energía unitiva de la evolución, de acercarse y unirse con sus semejantes en busca de una unión total de la humanidad. Sin embargo, la persona permanecerá ya autónoma (y no me detengo, porque

no es mi tema, en que esto significa que ella tiene dignidad absoluta, como diría tiempo atrás Kant).

Paso rápidamente a señalar un dato importante del ser humano: su evolución ya no se da, al menos ya no predominantemente, en aspectos biológicos, sino en la ampliación de sus posibilidades mediante recursos técnicos, en el sentido más amplio de esta palabra. Un importante ensayo de 1928 llamado *La hominización* señala cómo el ser humano dio un paso en extremo importante cuando descubrió y empezó a usar herramientas, con lo que sus posibilidades “corporales” se ampliaron mucho; en la actualidad ese “mucho” es ya impresionante.

Así pues, Teilhard indica que quizá en el ser humano la evolución pasó de ser predominantemente de selección natural a ser de adaptación al medio. Pero, como ya he señalado, la ley unitiva de la evolución no cambia; los seres humanos estamos impulsados a estrechar nuestros lazos unos con otros en múltiples formas, desde el simple equipo de trabajo, hasta la humanidad entera. Él varias veces llegó a decir que tendemos a formar un “cerebro de cerebros”.

El internet y otras posibilidades de la tecnología actual, ¿no son acaso eso? ¿No ciertamente están fomentando un estrechamiento de relaciones entre personas? Lo diré de otra forma, sin poder extenderme más en tan importante tema: la evolución, a partir de la aparición de la especie humana, se llama cultura; en el más amplio sentido del término es pensamiento, ciencia, técnica, sociedad.

El Pekín ocupado por los japoneses propiciaba que los extranjeros atrapados ahí buscaran formas de no ahogarse, de sobrevivir espiritualmente. De ahí que hubiera frecuentes reuniones en la Embajada de Francia para conversar, intercambiar ideas, crecer. Varias veces invitaron al padre Teilhard a hablarles. Se conservan los textos de dos conferencias, ciertamente muy ricas. En una, pronunciada en 1943, el padre habló de la felicidad. A ella me refiero en seguida, pues contiene de una manera clara los principios éticos que la cosmovisión teilhardiana propone.

En el contexto de la evolución guiada por la ley de complejidad-conciencia, el individuo tiene un futuro claro: la unificación con todos los seres formando la comunidad humana por los lazos del amor; pero se trata de una tarea que

cada persona debe realizar por sí misma, libre y conscientemente, pues ya en ella no rigen los impulsos instintivos o los mecanismos automáticos del resto de los seres del Cosmos. Por eso brota un código ético de la cosmovisión del padre, que quedó plasmado en la conferencia antes mencionada: “Para ser plenamente él mismo y vivir como tal, el Hombre tiene que: 1) *centrarse* sobre sí; 2) *descentrarse* sobre el otro; 3) *sobrecentrarse* en uno más grande que él”.

Es decir, el Hombre debe construir, realizar, su ser individual (biológico, psíquico, intelectual, afectivo), pero también debe saber “descentrarse” en el otro por el amor y, dejándose llevar por ese proceso dialéctico, debe elevarse a un nuevo centro superior que, para Teilhard, es Dios; en síntesis: “ser, amar, adorar”. Con este sencillo código, el padre nos ofrece fuertes asideros para continuar la tarea de construir un mundo mejor. No sólo sabe alentar nuestra esperanza y entusiasmarnos en la acción, sino que también nos proporciona principios que nos guíen.

El ser humano, para Teilhard de Chardin, es responsable; tiene la tremenda responsabilidad de llevar la evolución a su término. Pareciera que dicha responsabilidad no la hemos tomado en serio.

## Últimos años

Terminada la guerra, en un mundo que había sufrido verdaderos terremotos en muchos aspectos, los superiores del padre permiten que vuelva a Francia; esto sucede a principios de mayo de 1946. Se establece en París, reinicia sus actividades científicas y escribe mucho. Ya es un personaje ampliamente conocido. Pero un año después, el 1 de junio de 1947, sufre un grave infarto que lo obliga a permanecer varios meses en recuperación, casi inactivo. Por ese entonces recibe una carta del P. General de la Compañía de Jesús en la que, de nuevo, se le prohíbe publicar cualquier cosa que no tenga un contenido estrictamente científico.

A fines de 1947 fue invitado por Emmanuel Mounier a un coloquio; no pudo asistir, pero envió una colaboración escrita. Al final de la carta dice textualmente a su amigo: "Haga lo que guste con estas reflexiones. Pero no las imprima...".

Recuperado del todo, busca la manera de que *El fenómeno humano* pueda, sin embargo, ser publicado. Así pues, decide ir personalmente a Roma a exponer su caso al P. General, que lo era entonces el belga Jansens. Esto se da en 1948, en

el otoño. La visita fue infructuosa; sigue siendo un jesuita sospechoso. Incluso se le prohíbe meses después que acepte la invitación que se le hizo de pertenecer al College de France. Nuevamente, la fidelidad del padre se muestra en la desgracia. Incluso se le pide que trabaje en cuestiones científicas con tranquilidad y que deje otras inquietudes.

De los muchos escritos de estos años quiero destacar *El corazón de la materia*, de 1950, con carácter autobiográfico y que nos muestra los fundamentos de su pensamiento. Aquí una breve pausa: ¿cómo se conservaron tantos escritos que llenaron trece volúmenes? Me refiero a los no científicos estrictos. Por esos años precisamente, un compañero jesuita le planteó la cuestión; le recordó a Mendel, a cuya muerte el superior había quemado sus escritos. ¿No sucedería eso con él? Entonces Teilhard tomó un papel y declaró a Jeanne Mortier, que era algo así como su secretaria, heredera de todo sus escritos. Esta dama será la que impulsará la publicación de la magna obra, ya en el mismo año de la muerte del padre.

Una fundación, la Wenner-Gren Foundation, lo invitó a una expedición a África del Sur, en

donde recientemente habían sido hallados fósiles que parecían aún más antiguos que el *si-nántropo* y el *pitecántropo* de China y de Java. Todo parecía estar señalando a África como la cuna de la humanidad. Teilhard aceptó gustosamente la oportunidad, a la que se añadía la invitación a pertenecer a dicha fundación. Esta expedición tuvo lugar en el verano de 1951. Como la fundación tenía sus oficinas en Nueva York, esto suponía ir a residir a dicha ciudad.

Sus superiores aceptaron gustosamente; era la oportunidad de alejarlo de nuevo de Europa. Así pues, de África ya no regresó a Francia. Todavía dos años después, en julio de 1953, hará una nueva expedición a África del Sur, para conocer los más recientes hallazgos del *australopiteco*. Además de estos viajes, también se desplazó por Estados Unidos; al menos hizo un viaje a la costa oeste. Ahí tuvo la oportunidad de conocer el ciclotrón de la Universidad de Berkeley, en un tiempo en que por mantenimiento no estaba en funcionamiento. Esta interesante visita la plasmó en un escrito de carácter poético: *Al mirar un ciclotrón. Reflexiones acerca del repliegue sobre sí misma de la energía humana*, escrito que recuerda el *Himno a la Materia*, de 35 años antes.

Estos últimos años fueron tristes. Según todos los indicios, sufrió una fuerte depresión. Cuando supo de la muerte del P. Auguste Valensin, su compañero y amigo desde el noviciado, escribió a un amigo de Francia mostrando su profunda pena, al decir del jesuita fallecido: “él me enseñó a pensar”. Todavía se le autorizará un último viaje a París en el verano de 1954. En marzo de 1955 termina un escrito, especie de testamento espiritual, que denominó *Lo Crístico*.

En ese mismo mes, en una reunión en el Consulado de Francia en Nueva York, el padre dijo: “Me gustaría morir el día de la Resurrección...”. Un sobrino suyo, que se hallaba presente, escribió inmediatamente la frase y la dio a conocer después de su muerte: 10 de abril (Domingo de Pascua); Teilhard de Chardin, después de celebrar la Eucaristía, va a la casa de una familia amiga. Ahí sufre un infarto que lo deja inmediatamente muerto. Su deseo de morir en Pascua se había cumplido.

## Los valores de Teilhard de Chardin

Quizá no haga falta señalar cuáles son los valores que resplandecen en la vida y en la obra

de Teilhard de Chardin, pues han ido apareciendo, aun habiendo algunos no señalados explícitamente. De uno hablé ya: fidelidad; los otros dos que propone en *El Medio divino*: pureza (es decir, un corazón transparente a Dios) y fe. También queda clara la importancia que el padre da al amor, la energía humana. Aquí y allá se ha podido advertir que la libertad ocupa en su cosmovisión un lugar importante; sin ella, la evolución no puede avanzar, pues ahora la conciencia, eje del avance, es la conciencia humana, que puede decidir avanzar... o retroceder y colapsar.

El P. Henri de Lubac, gran amigo de Teilhard y posteriormente defensor de sus ideas, escribió que Teilhard es “el filósofo de la libertad”. Podemos añadir otros valores: unidad, amistad, trabajo, serenidad, acción... Y, finalmente, el gran valor: centramiento de todo en Cristo y, más allá, en Dios. Para terminar les ofrezco unas frases tomadas de *El corazón de la materia*: “Señor, dado que con todo mi instinto y en todas las ocasiones de mi vida, no he cesado jamás de buscaros y de colocaros en el corazón de la Materia universal, sé que tendré la alegría de cerrar los ojos en el deslumbramiento de una Transparencia universal y de un universal Abrazo”.

¿He estado hablando de un Santo (con S mayúscula)? Yo así lo creo.

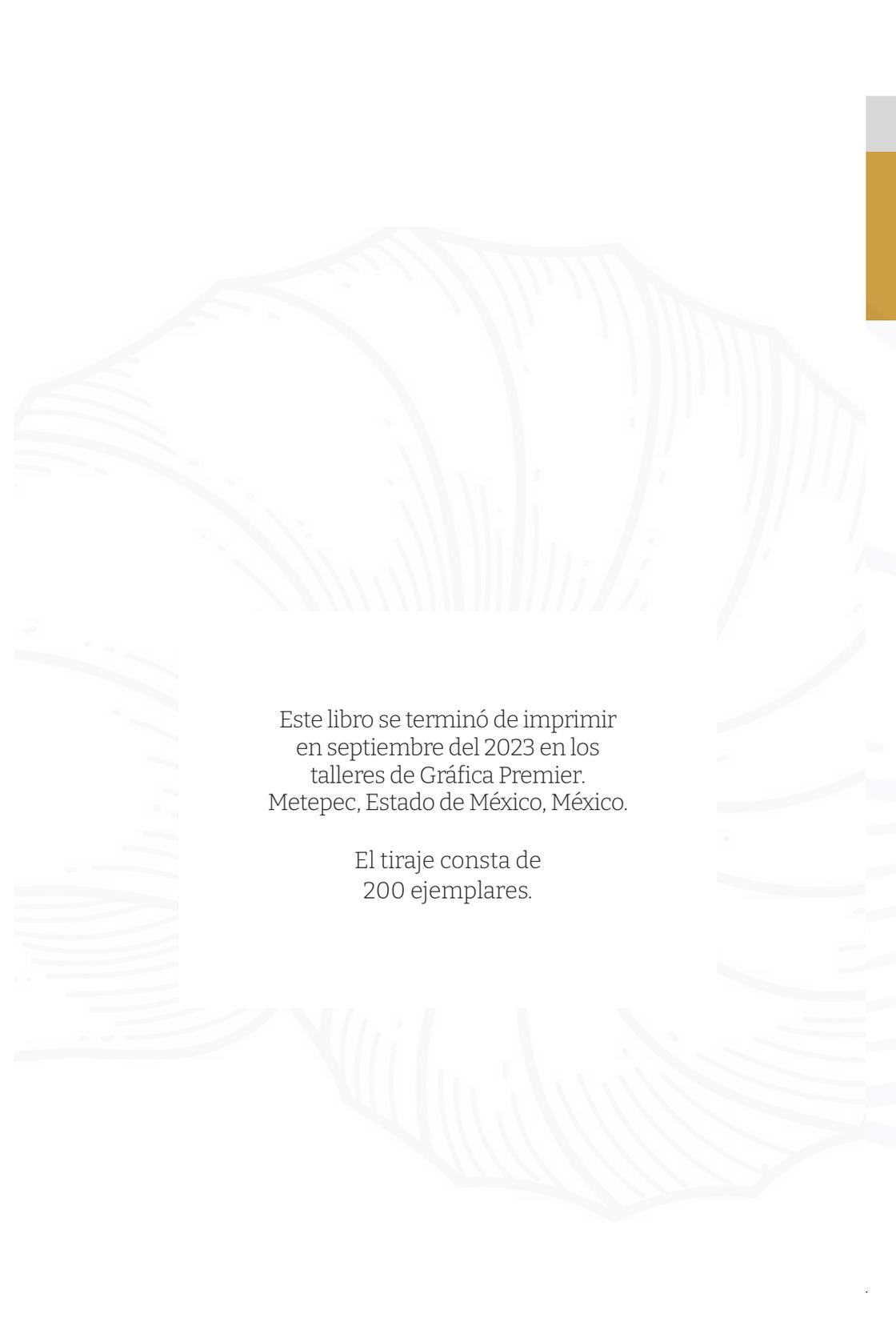
Muchas gracias.



**Facebook**  
Publicaciones Ibero León



**Instagram**  
Publicaciones Ibero León



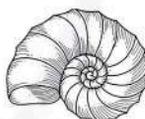
Este libro se terminó de imprimir  
en septiembre del 2023 en los  
talleres de Gráfica Premier.  
Meteppec, Estado de México, México.

El tiraje consta de  
200 ejemplares.

## **Colección** Conferencias magistrales

La publicación de esta conferencia da cuenta no sólo de la vida del padre Teilhard de Chardin, sino también de la de Gerardo Anaya S.I., quien volvió a la Casa del Padre en mayo de 2015. Gerardo trató de hacer propios los valores de Teilhard: fidelidad, pureza, fe, amor como energía humana y, sobre todo, libertad.

Más que una biografía sobre el filósofo y místico francés, esta conferencia es una muestra de cómo el pensamiento de Teilhard de Chardin inspiró a Gerardo a vivir a tope la consigna ética: “sé, ama y adora”.



CONFERENCIAS MAGISTRALES